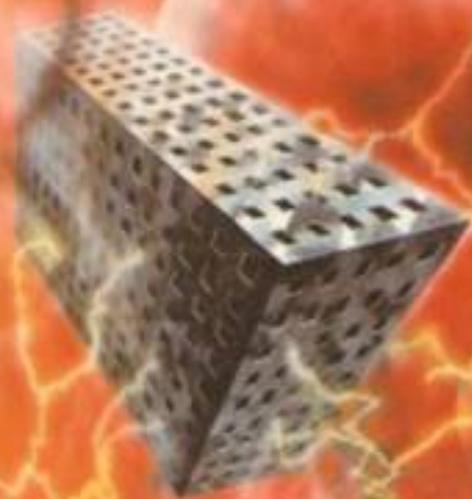


GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

**LOS PREMIOS HUGO
1978-1979**

JOAN D. VINGE
HARLAN ELLISON
JOHN VARLEY
POUL ANDERSON
C. J. CHERRYH
SPIDER Y JEANNE
ROBINSON



Otorgados anualmente en el transcurso de las convenciones mundiales que celebran los aficionados a la ciencia ficción, y votados por los propios lectores, los premios Hugo son el máximo galardón al que aspiran los cultivadores de este género.

El *Premio Hugo* representa, ante todo, la popularidad. Su obtención supone la consagración definitiva del autor como maestro, y en muchos casos ha catapultado a la fama a escritores desconocidos.

Presentadas con desenfado por *Isaac Asimov*, se recogen aquí las narraciones que ganaron el premio en los años 1978 y 1979, dentro de las categorías de cuento y novela corta. Su lectura, además de ser apasionante para el aficionado, es una toma de contacto idónea con la ciencia ficción para el profano que desee conocer las narraciones que consagraron en su día a los grandes maestros.

En el presente volumen se incluyen seis nuevos relatos que recorren el amplio abanico de temas y enfoques imaginados por los mejores escritores del género para sus lectores. Con ellos, *Spider Robinson* ganó por segundo año consecutivo el premio a la mejor novela corta, esta vez contando con la colaboración de su mujer, *Jeanne*; *Poul Anderson* y *Harlan Ellison* merecieron su sexto galardón, al tiempo que mostraban, respectivamente, las virtudes de la ciencia ficción más tradicional y de la vanguardia del género; *John Varley* causó una verdadera conmoción entre los aficionados, gracias a una historia realmente extraordinaria; y dos mujeres, *Joan D. Vinge* y *C.J. Cherryh*, consiguieron alcanzar el estrellato antes de que sus nombres pasaran a figurar en las listas del *Hugo* a la mejor novela.

Los relatos que ganaron el favor del público y forjaron la historia del género.

1978

36.^a Convención
Phoenix

Danza estelar

Spider y Jeanne Robinson

Bien, aquí tenemos de nuevo a Spider, quien gana el «Hugo» por segundo año consecutivo (y, para empeorar el asunto, con una segunda novela corta, aunque Fritz Leiber hizo lo mismo en 1970 y 1971).

Observarán que tiene un colaborador del mismo apellido, por lo que cabe adivinar que son parientes. Bien, pondré fin al suspense. Jeanne es la esposa de Spider, y están casados desde 1975.

Spider explica la colaboración... Jeanne leía el relato a medida que Spider lo mecanografiaba, y lo discutía con él. La conclusión fue, dijo Spider, que «aunque ella no llegó a pulsar una sola tecla de la máquina de escribir, la novela resultante fue al menos tan suya como mía».

No estoy seguro de que sea una buena justificación. Pienso en las ocasiones en que John Campbell me prestó bastante ayuda en una narración o en otra, para no hablar de la que recibí de otros editores como Horace Gold y Fred Pohl.

¿También debería darles un lugar a mi lado como autores? ¿Dejar que se apoderen de mi nombre? Jamás. No soy tan generoso como Spider.

Sí, claro, he colaborado con mi esposa, Janet, en una antología y en dos novelas juveniles; pero, en cada caso, mi querida Janet sí puso los diez dedos en la máquina de escribir, por decirlo de algún modo. Ella efectuó la colección y dispuso las historias de la antología, e hizo el primer borrador, completo, en el caso de las juveniles. Por consiguiente, fue para mí muy difícil mantener su nombre fuera

de los libros. (También ha publicado dos novelas propias y una colección de sus relatos cortos en la prensa, por lo que me alegro de que no decidiese mantener mi nombre fuera de esos libros).

Sin embargo, es posible considerar el asunto desde otro punto de vista.

Cuando yo era joven e ingenuo (como opuesto a ser viejo e ingenuo), pensaba que si deseaba escribir ciencia ficción lo que debía conocer era ciencia. Estar bien en física, paleontología y geometría plana, y ya estaba todo listo.

No obstante, todo ese material científico está sólo en el fondo. El ambiente social de la historia es el que requiere el deslumbramiento tecnológico. En primer plano se encuentra el argumento, y puede adornarse con cualquier cosa. La ciencia ficción es universal.

Esto significa que puede ser útil tener un amplio conocimiento cultural. La experiencia militar de Joe Haldeman, la experiencia psicológica de James Tiptree. Los conocimientos de literatura contemporánea de Roger Zelazny y su sabiduría sobre la mitología hindú: todo es útil y conduce a esas inteligentes personas en una dirección que, por ejemplo, yo no puedo seguir.

¡Pero la coreografía! Si me despertaran en medio de la noche y me pidieran que nombrase algo que un escritor de ciencia ficción no ha de conocer, respondería: «¡La coreografía!».

Y estaría equivocado. Spider ha escrito aquí una narración de ciencia ficción coreográfica y ha ganado el «Hugo». No es posible suprimir la coreografía y continuar manteniendo toda la historia. En apariencia, Jeanne aportó la mayor parte de la coreografía. Y en tales circunstancias, incluso yo le habría hecho justicia y habría colocado su nombre junto al mío.

De hecho, no puedo decir que la conociese; desde luego, no como Seroff conocía a Isadora. Lo único que sé de su niñez y su adolescencia son las anécdotas que ella solía relatarme al oído..., suficientes para estar seguro de que los tres contradictorios biógrafos de la actual lista de *best-sellers* son unos embusteros. Lo único que conozco de su vida adulta son las horas que pasó en mi presencia y en mis monitores, más que suficientes para saber que todos los artículos periodísticos que he visto resultan engañosos. Es probable que Carrington creyera conocerla mejor que yo, y hasta cierto punto tenía razón..., mas nunca escribió sobre ello, y ahora está muerto.

No obstante, yo era su hombre del vídeo desde los días en que uno toca la cámara con las manos, y la conocía de entre bastidores. Un tipo de relación como no existe otro en la Tierra. No creo que pueda ser descrito a alguien que no pertenezca a la profesión. Puede pensarse en ello como algo situado entre colaboradores y adversarios en el combate. Yo estaba con ella el día en que llegó Skyfac, aterrada y decidida, para apostar su vida en un sueño. La vi desarrollar su trabajo y trabajé con ella durante esos dos meses, mediante ensayos interminables, y he guardado todas las cintas grabadas, que no están en venta.

Y, por supuesto, vi la *Stardance (Danza estelar)*. Yo estaba allí y la grabé.

Supongo que puedo apuntar algo acerca de ella.

Para empezar, no era, como sugieren *Shara*, de Cashill, y la *Danza ilimitada: La creación del nuevo modernismo*, de Von Derski, una fascinación eterna con el viaje espacial y el espacio, lo que le condujo a convertirse en la danzarina de la primera raza de gravedad cero. El espacio significaba mucho para ella, no como un fin, y al principio la asustaba su vasta y vacía inmensidad. No era, como afirma

el libelo de tapas duras de Melberg. *La verdadera Shara Drummond*, porque le faltaba talento para ser una gran bailarina en la Tierra. Si se cree que danzar en caída libre es más fácil que la danza convencional, hay que probarlo. Sin olvidar el frasquito de pastillas contra el mareo.

Pero existe un grano de verdad en la calumnia de Melberg, como lo hay en todas las calumnias. No podía bailar en la Tierra..., pero no por falta de talento.

La vi por primera vez en Toronto, en julio de 1984. Por aquel entonces, yo dirigía el departamento de vídeo del Teatro de la Danza, en Toronto, y odiaba cada minuto de mi trabajo. En aquella época, yo lo odiaba todo. El programa de aquel día me obligaba a pasar toda la tarde grabando cintas de estudiantes: una pérdida de tiempo, pues la grabación es lo que más odio aparte de la compañía telefónica. Todavía no había visto la nueva cosecha del año, ni lo deseaba tampoco. Me gusta ver bailar bien, y los esfuerzos de un novato me resultan tan agradables como un estudiante de primer año de violín en el apartamento contiguo al mío.

Mi pierna me molestaba más que de costumbre mientras andaba hacia el estudio. Norrey observó mi expresión y dejó un grupo de jóvenes esperanzas para acercarse a mí.

Charlie...

Lo sé, Lo sé... Son unos jóvenes bisoños. Charlie, con unos egos tan frágiles como huevos de Pascua en diciembre. No los muerdas, Charlie. Ni siquiera les ladres si puedes contenerte, Charlie.

Ella sonrió.

Algo por el estilo. ¿La pierna...?

La pierna.

Norrey Drummond es una bailarina que consigue parecer una mujer porque es bajita. Pesará unos cincuenta y dos kilos, y es casi todo corazón. Mide menos de un metro sesenta, y es perfectamente capaz de parecer que domina

a las otras estudiantes más altas. Tiene más energía que la Transmisión Norteamericana, y la usa con eficacia, como una bomba de espoleta. ¿Han estudiado el principio de la bomba de émbolo normal? Pues estudien el principio de una bomba de espoleta. Me pregunto cómo debió ser el concepto original de «esa» idea, como experiencia emocional. En su danza hay una rúbrica única, siendo éste el único motivo, a mi entender, por el que consiguió papeles tan poco enjundiosos en las producciones de la compañía hasta que el Modernismo cedió paso al Nuevo Modernismo. Me gustaba porque no me compadecía.

No es sólo la pierna –admití–. No me gusta ver a esos novatos destrozando tu coreografía.

No necesitas preocuparte. La pieza que vas a grabar hoy... es de una de los estudiantes.

–¡Oh, estupendo! Ya sabía que debí ponerme enfermo. ¿Cuál es el chiste?

–¿Eh?

–¿Por qué ha cambiado tu voz cuando has dicho «de una de los estudiantes»?

–¡Maldita sea! –Enrojeció ella–. Se trata de mi hermana.

Norrey y yo somos viejos e íntimos amigos, pero no conocía a su hermana supongo que es una cosa corriente hoy en día.

–Entonces, debe ser buena –dije, enarcando las cejas.

–Vaya, gracias, Charlie.

–Tonterías. Te haré un cumplido de inmediato..., o ninguno en absoluto. No hablo de herencia. Me refiero a que tienes una ética tan estricta que te inclinarías hacia atrás para evitar el nepotismo. Para otórgale a tu hermana un papel así, ha de ser «maravillosa».

–Lo es, Charlie –asintió ella con toda sencillez.

–Ya veremos. ¿Cómo se llama?

–Shara.

Norrey la señaló y comprendí el resto del chiste. Shara Drummond era diez años más joven que su hermana... y treinta y cinco centímetros más alta, con quince o veinte kilos más, con aire distraído, que era asombrosamente bella, si bien eso no desterró mi desánimo: en sus mejores años, Sofía Loren nunca hubiese sido una bailarina moderna. Norrey era baja; Shara, alta. Norrey era corpulenta; Shara, todavía más. De haberla visto en la calle, habría silbado apreciativamente..., pero en el estudio fruncí el entrecejo.

—¡Dios mío, Norrey, es enorme!

—El segundo esposo de mamá era futbolista —explicó ella, con tristeza—. Shara es muy buena.

—Si es muy buena, esto es espantoso. Pobre chica... Bien, ¿qué quieres que haga por ti?

—¿Por qué piensas eso?

—Todavía estás aquí.

¡Oh!, sí, supongo que sí. Bueno..., almuerza con nosotras, Charlie.

¿Porqué?

Yo lo sabía muy bien, pero esperaba una mentira cortés. Mas eso no iba con el carácter de Norrey Drummond.

—Porque ambos tenéis dos cosas en común, creo. Le hice el cumplido de no parpadear.

Supongo que será así.

¿Accedes, pues?

Nada más acabar la sesión.

Sus ojos chispearon y se marchó. En un tiempo relativamente corto, organizó el estudio, lleno de jóvenes que charlaban y se paseaban, y lo convirtió en algo semejante a un conjunto de baile. Hubo calentamiento durante veinte minutos, el tiempo que tardé en instalar y comprobar mi equipo. Coloqué mi cámara delante de ellos, con otra detrás, y sostuve una en mi mano para la labor de los primeros planos. No llegué a hacerla funcionar.

Hay un juego que se realiza con la mente. Cada vez que alguien capta o atrae tu atención, entonces, tratas de adivinar su manera de ser. Intentas conocer su carácter y sus costumbres por medio de su aspecto. ¿Aquél? Descortés, desorganizado..., no tapa el tubo del dentífrico, y toma bebidas calientes. ¿Aquélla? Pertenece al tipo de las estudiantes de arte, es probable que use diafragma y escriba cartas con una caligrafía de su propia invención. ¿Aquéllos? Parecen profesores de Miami, que tal vez hayan venido a ver cómo es la nieve, y asisten a una convención. A menudo me aproximo bastante. No sé cómo clasifiqué a Shara Drummond durante aquellos primeros veinte minutos. Tan pronto empezó a bailar, todas mis concepciones previas huyeron de mi mente. Se convirtió en algo elemental, desconocido; en un puente viviente entre nuestro mundo y aquél en que las Musas viven.

Sé, a nivel intelectual y académico, todo lo que hay que saber acerca de la danza, pero no pude catalogar o clasificar, ni siquiera comprender, lo que bailó aquella tarde. Lo vi, lo aprecié, pero no me hallaba preparado para comprenderlo. Mi cámara se balanceaba en el extremo de mi brazo, junto a mi barbilla. Los bailarines hablaban de su «centro», ese lugar en torno al cual desarrollan sus movimientos, a menudo muy próximo al centro de gravedad físico. Uno trata de «bailar desde su centro», y la idea de la «contracción y descontracción» que subyace en casi toda la danza modernista depende del centro por su foco de energía. El centro de Shara parecía moverse por la sala mediante el propio poder de él mismo, mientras arrastraba unos brazos y unas piernas que se le unían más por gusto que por necesidad. ¿Cuál es la palabra para la parte más externa del sol, esa que todavía se ve en un eclipse? ¿Corona? Eso eran sus extremidades: cuatro lenguas prolongadas de llamas que seguían al centro en su órbita excéntrica y giratoria, dando fluidas vueltas en torno a su superficie. Que las dos extremidades inferiores tocasen el

suelo con frecuencia parecía una coincidencia, puesto que las dos superiores lo tocaban también con la misma regularidad.

Había otros estudiantes bailando. Lo sé porque las dos cámaras automáticas de vídeo, al contrario que yo, realizaban su tarea y grababan el conjunto. La melodía se titulaba *Nacimiento*, y describía la formación de una galaxia, que terminaba por asemejarse a Andrómeda. Era algo exacto sólo en su vaguedad, literariamente, aunque no intentaba ser real. Pero se trataba del símbolo del nacimiento de una galaxia.

Retrospectivamente. Por entonces, yo conocía sólo el corazón de la galaxia: Shara. Los estudiantes la ocultaban de vez en cuando, y yo no me daba cuenta. Dolía verle.

Si saben algo acerca de la danza, esto debe resultarles horrible. ¿Una danza respecto a una nebulosa? Lo sé, lo sé. Es una idea ridícula. Y funcionó. Funcionó en la forma celular, si se exceptúa que Shara era demasiado buena para quienes la rodeaban. No pertenecía a ese grupo de torpes, de aprendices medio entrenados. Era como escuchar al difunto Stephen Wonder intentando trabajar con un gramófono en un bar de Montreal.

Pero eso no era lo que dolía.

El *Maintenant* era ordinario, pero la comida resultaba excelente y la marca de hierba de la casa también lo era. Presenta una tarjeta del Diner's Club allí, y te ofrecerán una cocina llena de platos sucios. Ya no existe. Norrey y Shara no aceptaron un obsequio, pero, en mi línea de trabajo, ayuda. Además, yo necesito unos cuantos éxitos. ¿Cómo decirle a una encantadora joven que su más querido sueño es imposible?

No necesitaba preguntárselo a Shara para saber que su más querido sueño era bailar. Más aún: bailar como profesional. A menudo he especulado sobre los motivos

del artista profesional. Unos buscan la seguridad narcisista de que la gente pagará para oír o contemplar su actuación. Otros son tan incompetentes o desorganizados que sólo pueden vivir así. Hay algunos que aún tienen un mensaje que necesitan expresar. Supongo que casi todos los artistas combinan estos tres elementos. No se trata de ninguna queja: lo que ellos hacen es necesario para nosotros. Tenemos que estar agradecidos de que «haya» motivos.

Pero Shara era una artista rara. Bailaba porque lo necesitaba. Tenía que decir cosas que no sabía expresar de otra forma, y necesitaba captar su significado y su vida por lo que los otros dijeran. Todo lo demás hubiese reducido y devaluado la declaración esencial de su baile. Yo lo sabía porque lo comprendí al verle bailar.

Entre beber y mantener la boca llena y otro trago (poca cantidad de bebida para contrarrestar el efecto reductor de la comida), transcurrió media hora, antes de que me invitasen a decir algo, aparte de algún gruñido ocasional como respuesta a la charla de las damas.

—¿No hablas Charlie? —preguntó Shara cuando nos sirvieron el café.

Sí, era la hermana de Norrey, desde luego.

De banalidades.

No existen las banalidades. Sí acaso, personas banales.

—¿Le gusta bailar, señorita Drummond?

—Defina «gustar», por favor —respondió la joven con gran seriedad.

Abrí la boca y la cerré unas tres veces. Era difícil.

—Y dígame también por qué se niega a hablar conmigo. Me tiene preocupada.

—¡Shara! —protestó Norrey.

—Calla. Quiero saberlo.

Decidí hablar.

—Shara, antes de que falleciese tuve el privilegio de conocer a Bertram Ross. Antes sólo le había visto bailar. Un productor que yo conocía y que me apreciaba bastante

me dejó estar entre bastidores, tal como se lleva a un niño a ver a Santa Claus. Bien, yo había esperado encontrar a Ross más viejo en su descanso, sin las luces de escena. En realidad, me pareció más joven, como si el movimiento del baile le rejuveneciera en realidad. Comenzó a charlar conmigo. Poco después, cerró la boca porque no sabía qué decir.

Shara aguardó, a la espera de algo más. De forma gradual comprendió mi cumplido y su dimensión. Yo había supuesto que estaba muy claro. Casi todos los artistas «esperan» un cumplido. Cuando lo entendió por completo, no se ruborizó ni sonrió. Tampoco ladeó la cabeza y exclamó: «¡Oh, vamos...!». No dijo: «Usted me halaga». Ni desvió la mirada.

–Gracias, Charlie –asintió y murmuro–: Esto vale mucho más que una charla banal.

En su sonrisa hubo una nota de tristeza, como si ambos compartiésemos una amarga broma.

–Tiene razón –afirmé.

–¡Oh, por favor, Norrey! ¿A qué viene ese aspecto de inquietud?

El gato se comió la lengua de Norrey en ese momento.

–La he defraudado –intervine–. He dicho una tontería.

–¿Cuál?

–He debido decir: «Señorita Drummond, creo que debería dejar de bailar».

–Debió decir: «Shara, creo que debería...», ¿qué?

–Charlie... –empezó a hablar Norrey.

–Se suponía que yo debía decirte que no todo el mundo puede ser bailarín profesional, que también hacen *surfing* los que van por la arena o chapoteando. Shara, yo tenía que decirte que abandones la danza... antes de que la danza te abandone a ti.

En mi necesidad de ser honrado con ella, fui más brutal de lo necesario. Pero yo debía aprender que la brutalidad jamás disuadía a Shara. En realidad, la exigía.

–¿Por qué tú? –fue lo único que preguntó.

–Los dos vamos en el mismo barco. Ambos tenemos el mismo sarpullido en el cuerpo, pero no dejan que nos rasquemos.

–¿Cuál es tu sarpullido? –quiso saber, suavizando la mirada.

–El mismo que el tuyo.

–¿Eh?

–El hombre que se suponía vendría el jueves a reparar el teléfono. Mi compañera de habitación. Karen y yo estuvimos ensayando todo el día. Dejamos una nota. El operario debía enterarse por la nota de que mi amiga y yo teníamos que salir. No podíamos avisarle... Le indicábamos que pidiera la llave al portero y subiese. El teléfono estaba en el dormitorio. Bueno, el del teléfono no se presentó. Nunca lo hacen. –Mis manos temblaban–. Subimos al piso por la escalera trasera del callejón. El teléfono seguía sin funcionar, pero no me acordé de recoger la nota que había dejado en la puerta. A la mañana siguiente no me encontré bien. Calambres. Vómitos. Karen y yo éramos amigos solamente, pero se quedó para cuidarme. Supongo que un viernes por la noche, la nota resultaba más plausible aún. Él abrió la cerradura con una lámina de plástico y Karen salió de la cocina mientras el hombre se dedicaba a desenchufar el estéreo. Se mostró tan indignado que disparó contra ella. Dos veces. El ruido le asustó y cuando llegué al salón, ya estaba casi en la puerta. Aún tuvo tiempo de alojarme una bala en la cadera, y desaparecer luego. No le atraparon. Ni nadie volvió a arreglar el teléfono. –Yo tenía ya controladas mis manos–. Karen era una magnífica bailarina, aunque yo la superaba. Y, en mi mente, sigo haciéndolo.

–¿Usted es...? –exclamó con los ojos muy abiertos–. ¡Charles Armstead!

–En efecto –asentí.

–¡Oh, Dios mío! De modo que así sucedió...